



LA GRACIA

THIBAUT DE MONTAIGU

emecé

Thibault de Montaignu

La gracia

Traducción de Florence Baranger-Bedel



Si perdí la oportunidad de estar más cerca de Christian mientras estuvo vivo, fue por culpa de prejuicios deplorables. Mi tío paterno encarnaba a mis ojos una vieja Francia confinada en su pasado, a mil millas del ajetreo y el bullicio de la capital. Una vieja Francia donde la gente vivía en casas mal calefaccionadas con armarios tan vastos como tumbas y sillones que tosían polvorientos. Donde portarretratos ovalados enmarcaban las fotos de antepasados endomingados, de los cuales ya no recordábamos gran cosa. Donde tordos y faisanes traídos de la caza, como en un bodegón de Chardin, colgaban de un anzuelo en la cocina a la espera de ser desplumados. Donde el agricultor vecino que pasaba a beber un trago por la noche, con la gorra encajada en la cabeza, las líneas de las manos ennegrecidas por la tierra, comenzaba cada una de sus oraciones con «Francamente ...». Una vieja Francia de la cual yo era el hijo que escuchaba los últimos

susurros sin darse cuenta de que pronto aquel mundo ya no existiría. A todo esto, en el caso de Christian, había que sumar la religión. Porque aristócrata vaya y pase, pero sacerdote franciscano... Solo lo había visto tres o cuatro veces vestido con su casulla y sus sandalias, pero me había bastado saber que las llevaba puestas para relegarlo inmediatamente al desván de mi recuerdo, del cual no esperaba que saliera hasta la próxima reunión familiar.

Mi padre nos había mantenido a mi hermano y a mí alejados de su familia, llevándonos muy de vez en cuando a bodas, funerales, grandes reuniones donde todos parecían conocer a todos, salvo a nosotros. Nos había pasado una técnica imbatible para sacarnos del apuro: sin importar quién viniera a saludarte, había que decir: «Hola, tío; hola, tía». Y funcionaba siempre. Él, por el contrario, estaba como un pez en el agua: ya no era mi padre, sino Manolo, el glorioso, el mayor, el futuro Conde de Montaigu, el eterno joven recibido cada vez como un héroe en su país. Manolo, tan brillante y encantador que lograba seducir incluso a las viejas tías empeñadas en la etiqueta, quienes, conmovidas por su belleza y elocuencia, le perdonaban sus divorcios, sus amantes, sus segundas nupcias, sus hijos nacidos de diferentes lechos, su estilo cosmopolita y escandaloso, tan alejado de la piedad y de la discreción aristocrática a la que su nombre debería haberlo obligado. Manolo adorado por su madre, Bonne Maman, a quien yo no llegué a conocer y de quien siempre se contaba la

misma historia. Cuando Manolo, que se encontraba vagabundeando por algún lugar del mundo, se dignaba llamar a casa, sus hermanos le entregaban el teléfono a su madre, lanzando con un tono burlón: «¡Aquí está tu prometido!». Había otras anécdotas familiares, otros parientes con apodos inusuales: Pitchoun y Gros Nono, y Guéguette y Pancho, y la extrañamente llamada tía Popo. Y luego el gran Cricri, por supuesto...

En mi memoria, siempre se me aparece como un larguirucho con sus chalecos y codos remendados, sus pantalones flotantes y sus borceguíes como bloques de hormigón. Con sus expresiones pueblerinas también, su fraseo anticuado, su voz arrastrada: «¿Cómo puede ser que no haya un besito para el tío?». Entonces, avanzaba con sus abrazos interminables y ese olor áspero a suéter viejo. El olor mismo del pasado. «Bueno, vamos, ¿quién viene conmigo a la casa en mi Citroën?». Nunca me habló de su fe, y mucho menos me preguntó sobre la mía. Lo único que había hecho, cuando era niño, había sido regalarme una pequeña cruz franciscana de madera. Una «T» que me recordaba las iniciales medievales de mis libros infantiles. Más tarde, me enteraría de que era la letra tau en el alfabeto hebreo. Según el Antiguo Testamento, Dios le aconsejó a Ezequiel hacer su marca en la frente de los hombres «que suspiran y sufren». ¿Acaso yo estaba suspirando y sufriendo?

He tratado de encontrarla, ahora que esta revelación sin sentido nos ha unido. En vano. Solo me quedan algunos recuerdos. Uno, especialmente, donde

creo haber captado su verdad. La ironía es que ese día solo me había escuchado, sin decir una palabra sobre sí mismo: estaba transitando mi primera ruptura amorosa, estaba devastado, convencido de que cualquier separación era solo un anticipo de la muerte, y que me sucederían una y otra vez con el único propósito de acostumbrarme a esta idea absurda de que algún día ya no estaría. Me aplastaban tantas dudas y tantas preguntas que los problemas del mundo y de un pobre fraile franciscano en particular me resultaban totalmente insignificantes. Christian no decía nada. Simplemente me dejaba hablar, sin pronunciar las frases de consuelo habituales. Pero fue su silencio el que, sorprendentemente, me trajo el consuelo que esperaba. Cada palabra resonaba en él como el frágil eco de mi dolor, que él hacía suyo. Ya no estaba solo en el mundo. Yo era incluso, en ese mismo momento, la única persona que le importaba en la tierra.

Esta curiosidad, esta benevolencia, cuando vuelvo a pensar en ello, siempre la había tenido hacia mí. Y no se trataba de meros gestos de cortesía. No. Realmente le importaba si seguía tocando la guitarra y qué banda estaba escuchando, y si podría verme un día tocar en el escenario con mi banda cuyo nombre —*Massacra Ancestra Destroyer*— le divertía mucho.

Poseía ese raro don de cederle todo el lugar al otro. Y, entre esos otros, había una persona por la que parecía tener un afecto particular, por quien siempre estaba preocupado por cómo se hallaba, y por quien

me costaba entender que pudiera preocuparse tanto: mi madre.

Ella era exactamente lo contrario de Christian: parisina, mundana, refinada hasta el extremo. Dios y los más pobres no formaban en absoluto parte de su círculo íntimo, donde se reunían grandes escritores y burgueses notables, periodistas aventureros y parásitos esnobs. La ternura de Christian por mi madre, la atención que le prodigaba, superaban mi entendimiento. Obviamente, no sabía nada sobre todo lo que habían compartido en el pasado. No sabía nada sobre la vida de Christian ni el lugar que un día tomaría en la mía.